



La APIP (Asociación para la Promoción e Inserción Profesional), de Barcelona, ha publicado en su colección "Test Social" el trabajo titulado *Trata y prostitución. Entramados de una economía criminal* (2009). La base ética y empírica del mismo son "20 años de intervención social contra la explotación sexual de las mujeres: Centro Cabiria de APIP". Mediante la amable autorización de Montserrat Font i Sanmiguel, Directora General de la Asociación, publicamos uno de los materiales contenidos en el trabajo mencionado, con un antetítulo nuestro. **SIPOSO**.

Maternidad, emigración, prostitución y... APIP

Anne: la aceptación de la desesperanza

Anne es una mujer nigeriana de 32 años que reside en España desde hace ya diez. Ahora tiene papeles en regla y vive en Zaragoza, donde ejerce la prostitución y realiza una serie de actividades orientadas a la inserción. En su país de origen tiene 2 hijos que se quedaron cuando inició su proyecto migratorio. En Nigeria pudo estudiar hasta secundaria y su trabajo siempre estuvo vinculado a las tareas agrícolas y al cuidado y manutención de la casa.

La falta de trabajo y de expectativas y la incapacidad para dar de comer a sus dos hijos motivó la decisión de emigrar a España. La información que tenía sobre la vida aquí contribuye a alentar el proyecto:

"Un amigo me dijo que en España podría tener una oportunidad, porque la gente nigeriana hablaba de que en España siempre hay trabajo y se gana mucho dinero."

En este proceso contó con recursos y ayudas de familiares y amigos. Inició el viaje en solitario e hizo gran parte del trayecto a pie por el desierto. Este viaje no le generó grandes deudas y no contó con el concurso de redes de tráfico ilegal de inmigrantes. Atravesó el Estrecho y empezó a trabajar ilegalmente, pero no tiene donde vivir y luego tampoco encuentra un trabajo. Un ciudadano nigeriano le ofrece vivir con él e inicia una relación emocional. Esta persona introduce rápidamente a Anne en la prostitución. Él mismo la lleva a un club y es él quien maneja el dinero. La relación emocional se transforma en pura dominación y explotación, a pesar de lo cual la mantiene y, además, tiene dos hijos con esta persona.

Anne racionaliza esta relación y su evolución aceptando de alguna manera la dominación:

"Después de unos años, y después de tener los niños, él considera que ya no sirvo para trabajar en el club y entonces me abandona, se vuelve a Nigeria para casarse y se lleva a los niños."

El abandono supuso que Anne empezara a ejercer la prostitución en la calle, situación de la que empieza a salir ahora. Señala que no tiene ninguna capacidad para fijar precios ni condiciones, a lo único que intenta no renunciar es a utilizar preservativo. Aunque en años, desde que dejó el club, no se hace ninguna revisión médica ni la ha visto ningún ginecólogo.

En su primera etapa vivió la violencia de la prostitución enmascarada en una relación afectiva que organizaba su situación. La liberación de esta relación situó a Anne ante la violencia de la calle:

"He tenido muchos incidentes violentos, muchos. Uno de los peores fue una paliza que me dio un chulo de otra mujer que trabaja en la misma calle. Me dejó marcas por todas partes y en el cuello aún se notan."

De eso hace ya tres meses pero el motivo sigue cada día en la calle. Ella recuerda que el motivo de la agresión fue su decisión de bajar el precio a un cliente cuando la mujer controlada por el chulo no lo hacía. La respuesta fue inmediata. La brutalidad del control que se ejerce está ahí y no deja fuera de su alcance a las mujeres que ejercen independientemente. La violencia es un componente estructural de la prostitución y está en la vida de las personas que la ejercen. Otra cosa es cómo cada una de ellas la valora. Y en esto la historia personal tiene un gran peso. Anne lo señala con claridad:

"En mi país sufrí todas las violencias y las miserias, en España, al menos, puedo confiar en poder llegar a cuidar de mis hijos."

La comparación con las condiciones de vida anteriores o con las oportunidades que puedan existir en un sitio u otro resulta un factor importante en la valoración de la situación personal y en la actitud general frente a situaciones que con nuestros parámetros nos parecen de todo punto de vista inaceptables. Es esto lo que explica en parte, por ejemplo, la inactividad frente a la demanda de algunos derechos o de algunas prestaciones, dado que ya se ha internalizado que no se puede esperar nada. Anne recuerda que los clientes en muchas ocasiones le muestran su desprecio, especialmente cuando van bebidos, la llaman negra; pero ella misma aclara que dado que el insulto y la violencia forman parte de su vida desde su infancia no le da mayor importancia.

Su vida familiar se ha reconstruido en parte al poder tener ahora con ella a tres de sus hijos y también porque el contacto con sus compañeras de piso tiene mucho de vida familiar: cocinan conjuntamente, se responsabilizan colectivamente de los niños, salen a pasear juntas.

Anne vive ahora un momento especial, más esperanzada, aunque reconoce que la tristeza la acompaña siempre y que ha pensado muchas veces en el suicidio. Ahora tiene un trabajo de media jornada, pero también la dificultad de carecer de un oficio y de que hasta ahora no ha recibido ninguna formación. Está a la espera de incorporarse próximamente a un curso de formación en APIP. Respecto a su relación con los responsables del Servicio de atención en la calle de APIP dice algo que se corresponde con su visión de la vida:

"No esperaba la ayuda, es lo mejor que me ha pasado, nunca pensé que alguien a quien te encuentras en la calle te pueda ayudar tanto."

Quizás es el mismo reflejo valorativo realizado desde una vida marcada por la falta de oportunidades, la desigualdad y el lugar que la sociedad confiere a la mujer, lo que dificulta poder pensar como ciudadana de pleno derecho.